

# EL SERVICIO DE LA TEOLOGIA A LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

P. ANTONIO OSUNA, O. P.

*Profesor de la Facultad de Teología de  
S. Esteban*

## *Un tema cuestionable*

Bien pudiera ocurrir que, al interrogarnos por los aspectos ecuménicos de la ciencia teológica, estuviéramos en busca de una nueva piedra filosofal para remediar nuestras desdichas, en un momento histórico que ha superado todo el trabajo de los alquimistas. Hoy hay, en efecto, un ecumenismo que ya no tolera ni hablar de estos temas bizantinos. Es un ecumenismo receloso de que se pueda llegar a algo positivo por medio de las instituciones y los actos oficiales, y menos todavía por una discusión a nivel de la teología. Sólo una praxis vital de los cristianos, trabajando en el mundo da la unidad entre los hombres, superará las enemistades, aunque sea a nivel eclesial.

El desprestigio que, en algunos ambientes, está apoderándose de muchos cristianos respecto a estas pugnas a nivel de jerarcas religiosos, pero que nada dicen al cristiano que vive su cristianismo latente en la lucha diaria, es un hecho que no puede negarse y que se extiende también, en forma de recelo, de desasosiego, y hasta de sonrisa burlona, frente a estos bizantinismos teológicos, que tiene raíces de siglos y que jamás ha conseguido unir dos corazones cristianos. Si tenemos en cuenta tal ambiente, nos viene la sospecha de si no estaremos tratando de apuntalar un edificio que se derrumba por doquier, mientras andamos afanosos en corregir algunos detalles de nuestra dogmática clásica, siendo así que es la misma dogmática clásica la que está puesta en cuestión.

La impaciencia frente a la lentitud recelosa del ecumenismo oficial y el escepticismo amargo frente a una teología que, llevada de su puritanismo por la verdad en fórmulas, todavía discutía hasta hace poco si podía haber protestantes de buena fe, si la santidad era exclusiva de los católicos y de si un no católico tiene derecho a manifestar públicamente su fe y que hasta reducía toda la historia de las escisiones cristianas al orgullo incontenido de los griegos y al ansia de romper con sus votos por parte de unos religiosos disolutos del siglo XVI, creo que están más que justificadas. La unidad cristiana es algo más urgente e imperioso que todo eso y habría que realizarla desde una fraternidad humana y dejando de lado toda argucia teológica o escrúpulo jurídico e institucional. Y entonces ¿para qué plantearse ni siquiera el aspecto ecuménico de las disciplinas teológicas? Cuando lo que se anhela es una teología comprometida, vital, fruto de la misma experiencia cristiana y amasada al calor de las luchas en el mundo, deja de tener sentido el barnizar las antiguas arcas de la teología clásica con tapujos ecuménicos para que salga medianamente airosa de la prueba del fuego del Vaticano II.

Sin embargo, nos parece que tales sentimientos frente a la teología desbordan los límites de los hechos reales que denuncian y se vuelven por lo mismo injustos. *La teología será siempre una parte del tribunal que reconcilie a los cristianos en la unidad de Cristo* y les haga no ser más que “un solo cuerpo y un solo espíritu, como lo es también la esperanza a la que hemos sido llamados por nuestra vocación” (Ef. 4, 4). Ciertamente que para ello habrá que prescindir de la pátina acumulada durante siglos en el bronce de la fe cristiana, pero, sin la justificación teológica, no habrá unidad eclesial que se justifique por sí misma. Y esta es la tarea de la teología, su empeño en la hora actual, con todos los límites que se quiera, pero, a la postre, tarea imprescindible.

La teología no puede entenderse nunca como un sistema cerrado de problemas y soluciones. La teología es más bien una función vital de la Iglesia, la cual, mediante el trabajo teológico, expresa de una manera refleja y científica el contenido trascendente de la fe. Tan deficiente sería una Iglesia que careciera de esta expresión razonada e intelectual de su fe, como una Iglesia que careciera de frutos de santidad en su vida. Y siendo el ecumenismo un servicio a la unidad eclesial, y no un mero pasatiempo de algunos cristianos marginados de

otros problemas más acuciantes, es claro que ha de contar con la aportación de la teología al servicio de esa unidad. Este es, a nuestro juicio, el punto central de lo que ha de significar el ecumenismo en la teología: *una obligación, un empeño, una fuerza motora que haga retornar todas las conclusiones de esta ciencia al recto camino que lleva a la unidad eclesial en una sola fe, y abandonar los pecados pasados de un distanciamiento de estos propósitos que sólo servía a intereses de escuela, de tradiciones locales o de sistemas cerrados acaparadores de la verdad.*

La teología ha nacido como un impulso irresistible de la misma fe. Para San Agustín el esfuerzo del intellectus sobre la fe es un intento de captación, a exigencias de un nivel humano, de lo divino que inunda nuestro espíritu. Es el “desideravi intellectu videre quod credidi”, que está en la base de su teología<sup>1</sup>. De él tomó San Anselmo el “fides quaerens intellectum” que fijaría el quehacer teológico de toda la Edad Media. “Cuando el hombre tiene la voluntad pronta para creer, ama la verdad creída y sobre ella reflexiona y a ella se abraza con todo lo que la razón humana le proporciona”, decía Santo Tomás<sup>2</sup>. La mente humana al servicio de la fe “llega a alcanzar un cierto grado de inteligencia de los misterios”, como enseñó un Concilio que tuvo que defender el carácter trascendente de la fe cristiana<sup>3</sup>.

Esta inteligencia, sin embargo, no es algo aislado de la vida de la Iglesia, puesto que marcha a una con toda la vida eclesial, la cual por la teología se manifiesta y es dirigida en una perfecta simbiosis entre vida y reflexión teológica. La teología es una empresa que está en función de todo el pueblo de Dios y de su vida y, hasta si se quiere, “la prueba a la que la Iglesia debe someterse constantemente en todo lo que concierne al contenido de su mensaje”, como afirma K. Barth<sup>4</sup>. Según eso, en una Iglesia que se ha comprometido ante Dios a hacer todo lo que es humanamente posible por conseguir la unidad de los cristianos, no debe faltar la expresión de una teología que colabore en esa empresa y la realice desde su óptica. En caso contrario, la teología dejaría de ser una función

---

<sup>1</sup> *De Trinitate*, XV, c. 18, n. 51: PL 42, 1098.

<sup>2</sup> *Suma Teológica*, II-II, 2, 10.

<sup>3</sup> Cfr. Vaticano I, ses. III, cap. IV.

<sup>4</sup> *Kirchliche Dogmatik*, I, § 1. pág. 263.

eclesial y traicionaría la fe que la suscita, aunque siguiera dando enunciados irreprochables dialécticamente o con una fidelidad servilística a las expresiones de fe de nuestros mayores.

En la II Parte del Directorio Ecuménico se dice con razón que “el ecumenismo es “una dimensión necesaria” de las materias teológicas; no sólo algo actual o útil, sino un tributo necesario que debe rendir la verdadera teología a la fe única y una, al calor de cuyas vivencias brota ella. *No es, pues, un pasatiempo el interés por elaborar una teología ecuménica, si advertimos que el ecumenismo es obra de la Iglesia.*

1. *El servir a la unidad de la fe es un imperativo de la teología y una dimensión ineludible del saber teológico.*

La fe es una actitud total de la persona humana frente a la Palabra de Dios por la que éste interpela al hombre y le hace salir fuera de sus propios horizontes y aceptar una salvación concreta e histórica. Sin esta actitud radical no cabe teología en el sentido que este término adoptó en el pensamiento cristiano, sea desde qué Orígenes lo aceptó en su sentido teocéntrico, sea desde que la Edad Media le dio un carácter y estatuto científico; en caso contrario, no podríamos hablar más que de una filosofía de Dios. Sólo en la atmósfera cargada de fe se puede producir el rayo del pensamiento teológico. “Sería culpable de negligencia —dice San Anselmo— si no procurara llegar a un entendimiento de aquello que previamente he aceptado por la fe”<sup>5</sup>.

La teología nace, pues, condicionada por la única fe, por el único misterio revelado a la criatura: aquél que precisamente estaba escondido en Dios “desde el origen de los siglos y que ahora en verdad ha sido manifestado a los santos... y es que Cristo está en vosotros, esperanza gloriosa” (Col 1, 26-27). Toda la labor teológica tiene una medida y unos límites: la Palabra de Dios viviente en la fe de la Iglesia, si bien en esos límites el horizonte es muy extenso, pues la indagación de la mente humana puede indefinidamente plantear sus interrogantes a esa verdad y alcanzar formulaciones más acabadas del misterio solo relativamente abordable por la mente humana.

---

<sup>5</sup> *Cur Deus homo*, 1.1, c. 2. Obras Completas (Madrid, 1952) pág. 746.

En un momento histórico, como el presente, en que los cristianos creemos dar valores muy diversos al misterio de Dios, a la persona de Cristo, a nuestra justificación, al ministerio eclesial y al valor soteriológico de nuestra comunidad de cristianos, es claro que es el mismo valor de la fe el que ha sido dividido hasta poder justificar la existencia de diversas iglesias. Y en ese caso, ¿cómo podría justificarse la teología que se hace en las iglesias, si no se pone al servicio de la fe una, siendo en las mismas iglesias un elemento esclarecedor de las propias desviaciones y un elemento de discernimiento y de aproximación frente a las restantes iglesias? Sólo una teología que pretendiera haber comprendido en su integridad el misterio de fe y haberlo descrito en todo su polifacético valor podría permitirse el lujo de no someterse a una crítica respecto a la fe, pero esa teología no existe ni existirá nunca. La teología, por consiguiente, debe ser sometida a la crítica del servicio a la unidad de la fe. Los capítulos del examen de conciencia en esta ocasión serían: el haberse negado a ver la complementaridad que puede existir entre diversas afirmaciones de la única fe pues ninguna de ellas agota exhaustivamente la riqueza del misterio cristiano; el haberse negado a un progreso postulado por planteamientos más avanzados de los problemas; el haberse ligado más a sistemas filosóficos que a la Palabra de Dios que debía determinarla y consiguientemente haber vuelto irreconciliables afirmaciones diversas de la fe; y, finalmente, haber caído en la tentación de un aislacionismo empobrecedor y hasta atacando desde la propia ignorancia posiciones muy justas de otras tradiciones cristianas. ¿Quién duda que todos estos pecados los han cometido las teologías que han elaborado las diversas iglesias cristianas que se aislaban de la "oikumene"? Y este pecado volvía muy problemático el valor de dichas teologías, pues ese descuido afectaba a un elemento esencial en la teología: el servir a la unidad de fe y el estar dispuesta a buscar constantemente nuevas fórmulas de verdad, que expresasen la totalidad de la fe, encerrando dentro de sí las riquezas de formulaciones anteriores imprecisas o parciales. Ciertamente que esto es una labor ardua y a veces sobrehumana, pues la misma teología está condicionada por la cultura y la historia, pero el que esa obligación, que pesa sobre la teología, haya sido confundida mucho tiempo y censurada como un falso irenismo, como si el intento de buscar nuevas formulaciones más perfectas e integra-

doras de diversos aspectos fuera motivada sólo para ocultar la verdad o llegar a un sincretismo religioso, es un indicio de que no siempre la teología ha encontrado en la vida de la iglesia el ambiente propicio para realizar su tarea.

Hay que alejar de nosotros el concebir el ecumenismo en la teología como un oportunismo utilitarista. El ecumenismo en la teología no puede reducirse a un endulzar externamente lo amargo para nuestras generaciones de una teología que ya resulta insípida, sino una obligación de transformar esa teología haciendo que vuelva a su verdadero cauce, que es el de expresar el contenido de la fe de la iglesia tal como se vive en cada momento determinado y esclarecer las dificultades que surgen en esa vida, de modo que nunca lleguen a escindir la fe una de la que vive la misma iglesia. No dudemos de que cada grupo de cristianos que vive su fe, cada comunidad local que la expresa y hasta cada cristiano que reflexiona sobre ella, la expresan de un modo distinto. Esto sucedió desde la Iglesia primitiva. Sin embargo, sólo algunas de esas formulaciones diversas han llegado a dividir realmente la Iglesia universal, como consecuencia de una radicalización en sus expresiones o una ineptitud por parte de todos a discernir el espíritu auténtico de esas diversas manifestaciones; en todo caso, siempre es un fracaso de la teología eclesial en un momento determinado de su historia, sin que por esto cometamos el simplismo de atribuir el origen de todas las disensiones a la labor teológica, pero ella tiene siempre su parte por ser parte de la vida misma de la Iglesia que es la que ha sufrido la escisión religiosa.

Si la teología de nuestros días logra percatarse de que ella tiene como misión ineludible el servir a la unidad de la fe, un paso decisivo habrá sido realizado en la vida de las iglesias hacia la unidad de todas en Cristo. De esa convicción no podrá menos de surgir un renovado afán de superación en encontrar la expresión más propia, más avanzada y más leal de la fe única y una sana emulación por reproducir, a nivel de la vida eclesial, la imagen de la Palabra de Dios encarnada en lo humano y, por tanto, susceptible de una expresión propia a nivel de la inteligencia humana. Concedemos gustosos que el encontrar fórmulas teológicas que salvaguarden lo más auténtico de las diversas tradiciones eclesiales no es haber realizado la unidad en Cristo, pero es haber facilitado esa gracia de Dios con lo más noble de lo que Dios nos ha dado y haber

permitido el acceso a la unidad cristiana por el camino mismo por el que vino la división, que es el del distanciamiento y oposición entre las escuelas teológicas y entre las tradiciones culturales, litúrgicas y jurídicas.

La teología sólo llegará a aceptar esta hipoteca que pesa sobre ella cuando comprenda que ella ha nacido y existe sólo como un intento de esclarecer la fe única. Y, de igual manera que hoy todos los cristianos somos conscientes de que las iglesias sólo se unirán cuando todas acepten como única voluntad determinante de su existencia la voluntad del Señor y la obediencia a El, así también la teología no responderá con propiedad a su exigencia ecuménica, mientras no acepte su dependencia y su origen de la fe. Sólo una teología en plena obediencia a la Palabra de Dios será verdadera teología y sólo una teología al servicio de la unidad de esa Palabra será la verdadera teología ecuménica. Si no se está dispuesto a sacrificar todo interés de escuela, de tradición limitada, de parcialidad en el enunciado de la verdad y de limitación en la expresión de la fe, la teología nunca sobrepasará el estadio de una iglesia dividida y al servicio de una fe divergente. La unidad de la fe debe quedar reflejada en una teología dispuesta a prescindir de todo lo que contribuye a dar la impresión de división.

La riqueza del misterio revelado a los hombres no queda agotada en ninguna expresión teológica humana. Nuestra inteligencia limita y parcializa la sublimidad de las enseñanzas de Dios, cuando quiere someterlas a una reflexión cultural y dogmática. Ni la vida de los santos agota la ejemplaridad de la santidad de Jesús, ni las expresiones científicas de los teólogos agotan la densidad iluminadora del misterio cristiano. Evidentemente que una teología determinada puede ser falsa en la medida en que está al servicio de una fe falsa, pero lo será por respecto a una teología que haya desentrañado toda la riqueza de una fe verdadera y englobe en sí toda la parte de verdad que había en la teología falsa, no por respecto a una teología que se contenta con el papel de fiscal acusador de herejías y errores en los demás.

Todos somos conscientes de la complementariedad de las tradiciones llamadas oriental y occidental en la edad patristica y, sin embargo, cuando una determinada teología —la escolástica dialéctica en el occidente o la mística y platónica en

el oriente— quieren erigirse en criterios absolutos entramos en un callejón sin salida para la unidad cristiana.

Acentuando hasta el límite la diversidad teológica se hace imposible la afirmación de una única fe mientras que, como dice el P. Congar “se impide la consumación del cisma trabajando por cicatrizar la llaga, cada vez que, permaneciendo fiel a lo verdadero, se busca y se encuentra, primero al nivel del pensamiento y luego al de las fórmulas, una determinación que favorezca el sentido de la unión o comunión”<sup>6</sup>. Pero otro tanto podemos decir respecto a la ruptura protestante del siglo XVI: hubiera sido posible encontrar una teología más integradora de las relaciones de Escritura y Tradición, de la gratuidad de nuestra justificación, de la eficacia sacramental, del sacerdocio común de los creyentes, de la participación de laicos en la Iglesia y del ministerio sacerdotal en el seno de la comunidad si la teología de aquel tiempo no hubiera practicado el servilismo respecto a intereses humanos inconfesables. De hecho, cuando en nuestros días se ha hecho una reflexión sobre los mismos temas pero sin la hipoteca de aquellos sentimientos se ha llegado a fórmulas teológicas mucho más aceptables. Ahí están, como ejemplo, las obras de Geiselman, H. Küng, G. Tavard, O. Cullmann, Max Thurian, K. L. Schmidt, H. Asmussen, von Allmen, etc.

Y lo mismo podríamos decir del dogma referente al principio de unidad pastoral y amor visible en la Iglesia que es el primado de Pedro y sus sucesores. Evidentemente que en una teología en que este dogma no tiene otras expresiones que la “monarchia Beati Petri”, la teoría de los dos espadas, el patrimonio de San Pedro como elemento necesario para ejercer el dominio sobre la Iglesia y hasta el concepto de suprema potestad jurídica sobre toda la jerarquía episcopal y las iglesias, como algo aislado y sin referencia a un oficio pastoral de unidad y amor, se hace incomprensible este dogma a nuestros hermanos separados. La teología católica se sentía muy satisfecha después de haber demostrado (?) con infinidad de argumentos estas fórmulas del dogma, pero en realidad su servicio a la unidad de fe era muy precario por su falta de atención a otras tradiciones cristianas que no habían expresado del mismo modo esa unidad eclesial o desconocían un tipo de gobierno que había prevalecido en el Occidente solamente.

---

<sup>6</sup> *Cristianos Ortodoxos* (Barcelona, 1963) pág. 66.



Ha sido necesaria una teología que nos recuerde el dogma de la colegialidad episcopal, de la sacramentalidad del episcopado, del supremo oficio de pastor como un servicio a la unidad de las diversas iglesias locales y la legitimidad de tradiciones y modos de vivir el cristianismo que no estén sin más absorbidos por las tradiciones jurídicas de la Iglesia de Roma o del gobierno de la Iglesia latina, para que este dogma del primado de Pedro y sus sucesores se pueda expresar en fórmulas mucho más ecuménicas, justas y adecuadas al evangelio y la historia de lo que la expresaron el agustinismo medieval, los partidarios de la teocracia papal y el ultramontanismo de muchos Padres de la mayoría del Vaticano I. Es decir, nada más antiecuménico que una teología narcisista y segura de sí misma hasta el punto de desdeñar toda tradición parcialmente diferente, proyectando lo absoluto de la verdad divina en lo parcial de toda expresión humana, sobre todo en fórmulas de condenación o negación, como son en las que casi siempre se ha expresado la suprema autoridad del magisterio de la Iglesia.

2. *El purificar la teología de expresiones y actitudes de polémica, de condenación o de ignorancia de los hermanos separados, es sólo una etapa previa hacia la verdadera teología ecuménica.*

Todos somos conscientes del modo como ha procedido la vida de las iglesias hasta que van siendo penetradas, en diversos grados, por el espíritu ecuménico. Conscientes de que cada una de ellas tenía que conservar su patrimonio peculiar y su autojustificación, creaban un telón de acero a toda permeabilidad respecto a otras iglesias y confesiones, viendo en su pensamiento y en su tradición sólo una ocasión de peligro para la fe y un mal que vencer. Y, por si esto no bastara para preservar del mal a sus fieles, se procuraba imponer una visión prefabricada de las demás iglesias, que rezumaba ignorancia y prejuicios, cayendo en verdaderas injusticias, de las que si algo las liberaba ante su propia conciencia, era el afán de conservar la propia fe y la verdad peculiar de sus tradiciones frente a lo que no era más que un mar de errores.

Larga tarea ha tenido y tiene todavía el ecumenismo en esta materia. La mentalidad de atender a las tradiciones distintas a la propia, de considerar con respeto todos los interro-

gantes que nos pone el hermano separado y de saber discernir la obra del Espíritu activo en toda alma fiel, va apoderándose de las iglesias con rapidez en sus estamentos más abiertos, y más difícilmente en el común de los fieles.

La teología ha padecido esta enfermedad mortal de una manera crónica. Al fin y al cabo la teología no era más que una expresión de lo que vivía cada iglesia y lo que vivía era un estado continuo de polémica y defensa inmunizadora contra todo lo que viniera de fuera. Cuantos más errores se pudieran diagnosticar en las demás iglesias y más diferencias verbales con una fe literal, más prueba existía de que la iglesia disidente estaba abandonada a las potestades del infierno, pues el árbol es conocido por sus frutos. Si Juan Eck acudió a la Dieta de Augsburgo con una lista de 400 errores de Lutero, no pasaría un siglo en que se hicieran listas de errores luteranos, que alcanzaban la cifra de 1.400. Así se explica que los teólogos llamados a clarificar la fe se justificaran a sí mismos escribiendo densos volúmenes de literatura controversista. Sería presuntuoso decir que toda aquella literatura no vale nada, pero no creo que lo sea el juzgarla de inútil e incapaz de servir a la unidad de la fe por carencia absoluta de voluntad de considerar positivamente todo lo que puede haber de verdadero en una tradición teológica o en un interrogante puesto por una iglesia a la otra. Cuando el Directorio ecuménico nos señala como fin de la teología ecuménica el “manifestar cuáles son las verdaderas contradicciones en el enunciado de la verdad y cuáles lo son únicamente en apariencia” (P. II, c. 2, n. 3), puede ser que nos esté diciendo algo tan elemental como el recordarnos lo de la antigua leyenda para encontrar la paz entre los hombres: que los nudos no se deshacen tirando cada uno de los extremos de la cuerda para ganar al adversario, sino liberando con un sencillo movimiento la trabazón inicial.

Sin embargo, aunque lentamente, esta situación ha desaparecido de la teología. Creemos que lo mejor de la literatura teológica que en nuestros días se escribe está libre de estos defectos o en trance de liberarse definitivamente. Hoy se acepta en la teología disidente elementos de verdad que postulan respeto y análisis para ser integrados en la propia tradición, como se está pronto a admitir toda aportación doctrinal y legítimo pluralismo dentro de la fe, y con mucha más razón resultaría inaceptable una actitud polémica y exclusivista en el estudio teológico.

He aquí por qué nos parece que la teología ecuménica debe proponerse horizontes más ambiciosos. Reducir la teología ecuménica a un endulzar las frases, a una mayor consideración del pensamiento disidente o a un diálogo caritativo, es una manera de frenar la aceleración teológica en su servicio a la unidad de fe que ha de ser siempre su estrella polar.

La teología ecuménica de nuestros días ha de proponerse una reflexión en común sobre la vida de la Iglesia y del mundo presente, buscando que en esa reflexión común se llegue a unos resultados universalmente aceptables por las diversas iglesias. Este es el método como proceden las diversas comisiones mixtas de diálogo entre la Iglesia católica y otras iglesias, que hasta el momento existen, y ese ha de ser el módulo, potenciado a niveles superiores y de más envergadura teológica, de un diálogo teológico.

Todas las iglesias se enfrentan hoy con problemas similares: la misión, su presencia en un mundo secularizado, su justificación institucional y el modo de hacer activo el triunfo pascual del Señor, liberando a los hombres de toda servidumbre a la muerte y al pecado. Las iglesias actuales o se condenan a un ostracismo perpetuo o reaccionan vitalmente avivando en sí mismas la presencia del Espíritu vivificador. Pues bien, en esas respuestas la teología ha de conseguir que tengan garantía de la Palabra de Dios, de la tradición cristiana y de la asistencia infalible de Cristo a su Iglesia en cada momento de la historia. El conseguir llegar a expresiones de la fe de la Iglesia que unan a los cristianos separados, que permitan vivir solidarios de un mismo sentir en Cristo, será una consecución legítima de la teología ecuménica. Se equivoca quien cree que la teología ecuménica no tiene otro cometido que demostrar la verdad de un dogma enseñado hace siglos y así facilitar la conversión de los sucesores de quienes entonces se negaron a aceptar dichos dogmas. La unión de los cristianos ya nunca se hará por la firma de una fórmula dogmática elaborada hace siglos y deudora a una mentalidad y a una teología de la que la misma iglesia que las elaboró se ha liberado ya. Y es que, aunque toda nueva formulación dogmática sólo será verdadera si conserva una plena fidelidad a la fe vivida siempre en la Iglesia, ello no obsta para que esa nueva formulación deba superar los límites y condicionamientos históricos que ha padecido toda expresión eclesial de la fe. Y hoy lo que debemos buscar no es un compromiso verbal entre los

escritos de Focio y Nicolás I, ni entre la doctrina de Lutero y Cayetano, sino una teología que, en su reelaboración, sea capaz de superar y completar, en síntesis integradora, lo más auténtico de la fe de las diversas iglesias haciendo justicia a todos los aspectos complementarios de la misma fe, esclareciendo el equívoco meramente verbal de muchas tradiciones y liberándose de lo que ha sido una infidelidad a la única fe. La historia podrá juzgar del acierto o desacierto de las formulaciones a que llegaron nuestros predecesores cuando, intentando formular la fe verdadera, dieron ocasión a una escisión de los cristianos, pero la fidelidad a aquella fe que ellos así expresaron no debiera ligarnos hasta el punto de no sentir en nosotros energías intelectuales para expresar la misma fe de un modo más apto, más conforme a la nueva problemática y que, sobre todo, haga más justicia a otras tradiciones y teologías no católicas, lo cual es posible porque precisamente esas tales teologías nos son hoy más conocidas y están más presentes a nuestros espíritus de lo que lo estuvieron en tiempos pasados. La presencia de unos observadores en el Vaticano II, a los que se escuchó y cuya fe constituyó un elemento de consideración en todos los problemas, fue mucho más elocuente —y con seguridad mucho más eficaz— que las discusiones airadas, llenas de celos y, más que todo cargadas de segundas intenciones, de latinos y orientales en el concilio de Florencia, último concilio que mantuvo lo que hoy llamaríamos un diálogo teológico de confrontación.

*Sólo esa teología nueva, elaborada como respuesta común de la fe cristiana a la problemática del mundo y a sus interrogantes a la iglesia universal, es la que tiene garantías de colaborar activamente a la unidad de los cristianos.* Concedemos que se trata de algo futuro, de un anhelo por una renovación muy amplia, pero ya se empiezan a perfilar esos rasgos de lo que será la teología y conviene que todos vayamos poniendo nuestra colaboración en ello. De este modo no negamos lo acertado de todas las disposiciones y actos que se esfuerzan por purificar la teología de malas hierbas, de liberarla de actitudes enojosas de prejuicios, e incluso de polémicas estériles de gabinete histórico, aparte de la culpable ignorancia en que se ha movido. Sin embargo, pensamos que se trata en todo esto de una actitud ya en trance de superación definitiva. Era necesario hacer esa limpieza, pero ella sola no será garantía de una auténtica teología ecuménica. Sólo la elabora-

ción en común de la teología podrá conducir a dar una expresión fiel, pero profundamente renovada, de la fe una e indivisa, y consiguientemente capaz de superar las divergencias teológicas de las que se ha alimentado la vida de las diversas iglesias en su largo caminar de siglos hasta que el Espíritu les ha dado la gracia de ser penetradas por lo que hoy llamamos el espíritu ecuménico que, como sacudida profunda, les hace caer del caballo en que cabalgaban en persecución del hermano.

Está claro que el método de esa tal teología no puede ser el que hemos recibido de nuestros mayores: ni el de condenación de errores desarticulados de la fe de las iglesias, ni el de la polémica dialéctica, ni el mero estudio erudito de la simbólica comparada, ni el estudio vital de todas las expresiones de cada iglesia en la totalidad de sus expresiones (espiritualidad, liturgia, idiosincrasia, tradiciones locales), sino la voluntad de permanecer en contacto eficaz y de continuo contraste al tratar de elaborar una teología actual que responda a todas las exigencias de la hermenéutica moderna y de los interrogantes que, cual común denominador, pone el mundo (las ciencias positivas, la política, la paz y justicia mundiales, los derechos de la persona humana, el pluralismo nacional y de razas, etc.) a todas las iglesias.

Hoy, en efecto, no hay iglesia alguna que no viva con la angustia de traducir de una manera eficaz el evangelio a un mundo que, ni social ni cultural ni religiosamente, tiene algo de común con el mundo concreto en que la Palabra asumió una humanidad para expresarse a los hombres. La Palabra se hizo carne para servir al hombre, crear un mundo nuevo y restaurar la creación. Pero, si el Espíritu no está en nosotros, somos incapaces de repetir esa Palabra salvadora en nuestro mundo.

Se impone, pues, emprender una teología nueva. Y al decir esto no pienso en meras utopías. Me refiero a una teología que sea fiel a las actitudes de los Padres del Vaticano II que quisieron enseñar a la Iglesia contrastando en todo momento sus expresiones con los delegados de las diversas iglesias y dispuestos a escuchar el Espíritu allí donde se manifieste. Me refiero a los grupos de trabajo teológico que constantemente se crean en orden a un diálogo serio y profundo con las diversas iglesias. Me refiero a un tomar en serio la obra teológica que la *Comisión de Fe y Constitución* del Consejo Ecu-

ménico de las Iglesias viene realizando de servicio de diálogo teológico a todas las iglesias. Me refiero sobre todo al trabajo de pioneros llevado por diversos teólogos católicos que han sabido discernir puntos de contacto superadores de antiguas divergencias: pensemos, por ejemplo, en los trabajos sobre la Tradición de Geiselman, de Congar sobre el laicado y el sacerdocio de los fieles, de H. Küng sobre la justificación, de F. Dvornik sobre Focio, de G. Thils sobre la infalibilidad de la Iglesia, de K. Rahner sobre el episcopado, de Le Guillou sobre la misión, de Schnackenburg sobre el reino de Dios, etc.

Para conseguir esto no basta con pequeños remiendos de una teología ya anticuada en su problemática y en sus soluciones. Se requiere una renovación más profunda, diríamos casi total, con tal de que la renovación la entendamos en los límites mismos de la teología, que es siempre un servicio a la fe inmutable.

Los problemas, a que aludíamos antes, se han vuelto urgentes para todos los cristianos, hasta el punto de que se sienten impacientes y defraudados por las actitudes oficiales de sus iglesias cuando creen que se mantienen demasiado aferrados a expresiones históricas de su fe o de su teología.

Y esto en modo alguno es olvidar las divergencias entre las iglesias, sino afrontarlas con una nueva luz que las saque de ese callejón sin salida en que las había cerrado una teología muy rígida. Sabemos lo reprochable de una actitud pragmática y activista, que no ve en el ecumenismo otro objetivo que el de un trabajar juntos por la fraternidad humana. Sabemos bien que siempre volveremos a los temas centrales en toda disidencia: el dogma de la encarnación, el ministerio de institución divina, valor de las instituciones eclesiales, la historia de la salvación, la soteriología, nuestra salvación en Cristo, valoración del mundo, escatología, relaciones entre Palabra e Iglesia, juicio sobre la comunidad local en la Iglesia universal, etcétera. Estos serán siempre los temas centrales de toda teología, incluso de la teología ecuménica a realizar, pues son también los temas centrales de la fe. No obstante, la teología de cada época los ha abordado de maneras muy diferentes. Por supuesto que el dogma de la Trinidad de Dios es quicio de la fe, pero eso no significa que hoy tenga interés alguno el resucitar las controversias del Filioque con la Iglesia Oriental. También la justificación del hombre es tema insoslayable del cristianismo, pero ello no significa que las discusiones sobre

el mérito de nuestras buenas obras, con la óptica de las controversias del siglo XVI, sea hoy de actualidad ecuménica. La Iglesia ha repensado siempre su única fe a la luz de momentos históricos muy diversos y la expresión que ha dado a esa fe única nunca ha sido idéntica en los diversos momentos, sino que ha llegado a una variedad de expresiones teológicas y dogmáticas difíciles de imaginar. Hoy debe aspirar a expresar su fe en una teología que sea diferente de las anteriores precisamente porque es una teología ecuménica.

3. *La teología ecuménica debe aspirar a expresar la fe de modo que en esas expresiones se encuentre reflejado lo auténtico de las diversas iglesias en relación a la Palabra de Dios y al servicio del mundo presente.*

Nadie de nosotros espera que, si Dios nos concede la gracia de la unión, sea a base de suscribir todos los cristianos una antigua fórmula de fe redactada en Trento o en el Vaticano I y que corresponden a una situación de incompreensión casi total de las tradiciones de las iglesias separadas, en las que no se veía más que un bloque de errores, y que reflejan en sus formulaciones una falta total de diálogo intereclesial.

Sólo una expresión de la fe verdadera, que haya logrado integrar y dar cabida y proporción a los diversos aspectos de la fe única, tal como son expresados en las diversas tradiciones y en las exigencias legítimas de las disidencias, será digna de aunar a esas diversas iglesias, porque sólo ella obedecerá a la ley de la complementariedad y la homogeneidad de una teología en perpetua contemplación de la verdad divina transmitida a los hombres.

Pero esa expresión anhelada de la verdadera fe habrá de superar necesariamente unos planteamientos y discusiones unilaterales y carentes de diálogo y atención, cual han sido frecuentemente las fórmulas de fe que las iglesias han elaborado cuando ya las grandes escisiones del cristianismo habían tenido lugar y que sufren la impronta de unas actitudes, cuando menos poco consideradas, hacia la tradición de las iglesias separadas o, al menos, de una mínima preocupación por integrar lo auténtico de su fe, ansiando tan sólo acentuar sus errores. Así no se ayudaba al hermano a discernir el equívoco de sus exigencias ni a clarificar unas posiciones o unas exigencias en

las que lo auténtico y legítimo se mezclaba con el equívoco y hasta la falsedad. Es decir, una teología que presentaba esas deformidades no puede ser aceptada como ejemplar de una teología ecuménica; es más bien portadora de una enfermedad mortal al negarse a servir con sus esclarecimientos a la unidad de fe. El mero hecho de proceder por amor a la verdad no justifica en la historia muchas actitudes faltas de discernimiento que no hicieron más que acentuar de tal modo el distanciamiento ideológico que al pueblo fiel, que se alimentaba de esa teología, se le incapacitaba a reconocer lo que había de legítimo en el hermano separado y, consiguientemente, se forzaba la separación y la condena entre las comunidades cristianas. Hoy, por ejemplo, no podemos menos de lamentar que los teólogos católicos, que respondían tan agudamente a los errores de Lutero, no supieran discernir en la obra de aquel hombre lo que había de legítimo en su insistencia en recordarnos el sacerdocio universal de todos los fieles, la trascendencia de la Palabra de Dios por encima de toda adición eclesial, la reforma como exigencia perpetua de la Iglesia peregrinante y hasta su reconocimiento de lo absoluto de nuestra salvación en Cristo. Quizá tuvieran razón en todos los errores que inculpaban al ilustre reformador, pero el hecho de aislarlos de un contexto en el que había muchas cosas legítimas y deudoras de la auténtica tradición cristiana ya era un modo de incapacitar a la Iglesia a un entendimiento fraternal.

La expresión ecuménica de la fe verdadera no se hará, pues, en los límites de unos planteamientos teológicos que pertenecen ya a la historia. Volver a discutir sobre divergencias en la fe con los instrumentos del pensamiento y las fórmulas del pasado, no aportaría nada a la unidad cristiana. Al contrario, una respuesta en común de las diversas iglesias cristianas a la problemática actual del mundo y una aportación cristiana de todos a la sociedad de los hombres, sería la construcción del cristianismo auténtico y el pensamiento que fomentara esa actitud sería altamente ecuménico y capaz de unir a los cristianos.

Hoy las mismas iglesias han superado, excepto grupos cristianos muy reducidos y de carácter sectario, la misma problemática que un día condujo a la escisión. Las Iglesias Orientales no concederían la menor importancia a las inculpaciones de Miguel Cerulario contra los latinos<sup>7</sup>, ni las ideas de las igre-

<sup>7</sup> Cfr. Epístola al Patriarca Pedro de Antioquía: PG 120, 781-796.



sias evangélicas y reformadas actuales sobre la justificación o el papado coinciden plenamente con las de Lutero o Calvino, como tampoco podemos decir que la sacramentología y soteriología católicas estén en la misma situación de las enseñanzas de la teología católica al final del Concilio de Trento. Cada vez que la Iglesia, por medio de la teología, examina y considera su propia fe llega a expresiones nuevas y reformadas de su propia fe. Esto lo hemos apreciado todos en el Vaticano II, un concilio que no ha definido ninguna verdad nueva ni ha condenado ninguna nueva herejía, pero que ha expresado la fe de toda la iglesia en unas fórmulas y con un lenguaje y unas actitudes que jamás las había conocido el pensamiento católico. Y eso evidentemente dentro de la fe verdadera. Algo semejante había sucedido ya antes con otros dogmas que, por el avance de la ciencia, habían conseguido expresiones más legítimas y fundadas, superadoras en todo caso de actitudes pasadas, v. gr., la reforma litúrgica iniciada ya el siglo pasado nos permitía una comprensión más acertada de toda la teología sacramental tridentina, sobre todo del sacrificio de la misa y el dogma de la presencia eucarística. También una investigación histórica cuidada permite una expresión más matizada del dogma del primado romano que lo que lo habían hecho sus defensores al comienzo de la separación con el Oriente. Hoy sería una falta de sensibilidad ecuménica que la Iglesia pasase a definir un dogma sin una consulta previa con las tradiciones acatólicas respecto al mismo tema para que su expresión no fuera una ocasión más de malentendidos y odios, como sucedió con las enseñanzas del Vaticano I. Es, por ejemplo, muy lógico pensar que las mismas definiciones de dogmas marianos en la Iglesia católica en los últimos tiempos hubieran tenido una acogida más favorable en las iglesias orientales si las hubiera precedido un diálogo eclesial con dichas iglesias que tienen una tradición en esto idéntica a la nuestra, pero lo que podía haber sido motivo de convergencia se sumó a la larga cadena de incomprensiones.

El afán exclusivista de erigir en verdad absoluta una tradición teológica determinada precisamente en lo que tiene de distinta de las demás y excluidora de toda síntesis superior, es un tipo de incomprensión e infidelidad a una fe que postula de nosotros una mentalidad de conversión y obediencia hacia las inescrutables riquezas de la verdad divina; intentando salvar una verdad divina, se la ponía al servicio de una

limitación humana fácilmente portadora de escisiones doctrinales. Y su punto de vista parcial les alejaba cada vez más de la plenitud de verdad que sólo les era dado alcanzar en la puesta en común de todas las expresiones de la fe. Esta es la razón por la que el concepto de "plenitud" tiene tanta importancia en la teología ecuménica del Vaticano II. La petrificación de las iglesias en sus propias tradiciones teológicas sólo conduce a un choque continuo entre ellos, que las romperá a todas, pero nunca acabará en una fusión de unas con otras. Sólo la vuelta a la Escritura es la que puede hacer que las iglesias tomen conciencia de que ellas en tanto existen en cuanto sirven a la salvación en Cristo que es una salvación recapituladora de todos en Cristo y convergente en la unidad de salvación. Y la teología sólo es justificable cuando ayuda a las iglesias respectivas a encontrar ese camino auténtico de servicio a la unidad de fe por la complementariedad de todas las perspectivas y la superación de las desviaciones de la revelación.

El Decreto sobre el ecumenismo del Vaticano II habla de que la fidelidad a los signos de los tiempos fuerza a todos los cristianos a una búsqueda de la unidad<sup>8</sup>. Pero pensamos que el camino a la unidad es también un análisis en común de los signos de los tiempos por parte de todas las iglesias cristianas. La búsqueda de la voz del Espíritu obrando en el proceso de la historia y en las aspiraciones y angustias de los hombres llevará a dichas iglesias a una expresión común de la obra de nuestra salvación tal como es posible hacerla presente hoy día. Este es el único camino para una teología ecuménica, pues el anquilosarse en una problemática teológica heredada de tiempos pasados no hará sino determinarnos a posturas igualmente antagónicas. La superación ha de venir por una nueva elaboración teológica. De igual manera que no podemos exigir a nuestros hermanos separados que acepten una iglesia inmovilizada y fijada en las estructuras eclesiales del siglo XVI, por ejemplo, tampoco podemos pedir que copien una teología de un momento concreto de la historia. Sólo una iglesia reformada y renovada podrá acoger en su seno a todos los cristianos y sólo una teología renovada y eficaz en el mundo podrá integrar tradiciones y puntos de vista que hoy vemos poco menos que infranqueables. Intentemos, pues,

---

<sup>8</sup> *Decreto sobre el Ecumenismo*, n. 4.

descubrir nuestro común patrimonio a la luz de un nuevo mundo que solicita la luz de la fe, no revolviendo las viejas querellas y sus limitados horizontes. Sólo así encontraremos un terreno apto para el diálogo teológico entre las iglesias, pues no todo está hecho con establecer las condiciones psicológicas del diálogo. Y eso sólo será el dar una expresión renovada a nuestra fe común en Dios y en la recapitulación de todo en Cristo, al sentido del tiempo presente por respeto a las promesas escatológicas, a nuestra concepción del hombre a la luz de la revelación, al significado que tiene para el hombre su salvación en Cristo y a la renovación pascual del mundo.

El prescindir de unas formulaciones teológicas pasadas, que no consiguieron unir en una sola fe a todos los cristianos, no obedece, como es claro, a una oposición a la fe de aquellos hombres, sino más bien es un compromiso formal a conseguir para esa verdad, que ellos así defendieron, una expresión más apta y que haga justicia a aspectos complementarios de la fe y salvaguarde el común patrimonio cristiano. Es ajeno, por consiguiente, a la teología ecuménica la indiferencia religiosa o el falso irenismo, aunque no falte todavía hoy quien tache como tal toda actitud que se niega a ver en el legado teológico de nuestros antepasados una construcción definitiva y perfecta y no acepta la identificación simplona y antiecuménica entre "verdades reveladas... y las diversas doctrinas teológicas; entre verdades de fe y el codo como esas verdades son enunciadas; entre la verdad que se trata de esclarecer y los diversos modos de comprenderla y ponerla a la luz; entre tradición apostólica y tradición eclesiástica", como dice el Directorio Ecuménico<sup>9</sup>.

Pertenece, por tanto, a la esencia de la metodología teológica ecuménica la voluntad sincera de afrontar en común los problemas del mundo presente y el estar dispuesto en todo momento a que el hermano camine al mismo paso que nosotros. Una teología que se obstina en moverse en los mismos cuadros mentales de la teología polémica de los siglos pasados, aunque tenga razón en sus puntos de vista, no creará ese "espacio ecuménico" que necesita la teología para que la totalidad de los cristianos se sientan desahogados dentro de ella y sea para ellos el elemento vital. Los múltiples contactos ecuménicos que hoy son posibles no deben dar ocasión a un

---

<sup>9</sup> II Parte, cap. 2, n. 5.

proselitismo teológico sino a un afrontar unidos problemas, ante los cuales todo cristiano está hoy sensibilizado, cuando menos en igual proporción a como lo está respecto a la necesidad de llegar a una fe común para la conversión del mundo.

Y —volvemos a repetir— no olvidemos que el diálogo teológico no es más que un servicio limitado a la unidad de la Iglesia, que es sobre todo una unión de vida, de compromiso y de comunidad. Y en esa unión de comunidades cuentan otros factores, tales como la historia, la pastoral y la cultura. Pues bien, muchas veces las divergencias y recelos a este nivel psicológico y cultural cuenta más en la separación entre los cristianos que las divergencias teológicas, las cuales sólo son perceptibles en su verdadero significado a un número limitado de cristianos. Pensemos, por ejemplo, en la situación psicológica de los protestantes españoles, que han sido siempre una minoría marginada, y comprenderemos que su distanciamiento respecto de los católicos españoles no es un problema fundamentalmente teológico.